

Epistemología, Pandemia, Dignidad

González-Luis, María Lourdes

Universidad de la Laguna (ULL), España

 mlgonzal@ull.edu.es

 ORCID ID: 0000-0003-0971-4758

País Álvarez, Natalia

Universidad de la Laguna (ULL), España

 natalyapais@gmail.com

 ORCID ID: 0000-0002-7158-7641

Martín Hurtado, María Daniela

Universidad de la Laguna (ULL), España

 mdanielamartinh@gmail.com

 ORCID ID: 0000-0002-3322-409X

Artículo recibido: 27 enero 2021

Aprobado para publicación: 08 abril 2021

Resumen

En un mundo de urgencias selectivas se ha ido imponiendo un criterio de utilidad que exilia e ignora todo conocimiento considerado “inútil” al no aportar rentabilidad. La pretensión de esta reflexión es incidir en las diferencias entre lo útil y lo valioso y cuestionar el argumentario que hace prevalecer las tecno-ciencias sobre las humanidades y las artes, sobre todo, en el escenario pandémico. El cambio de dinámicas sociales y el distanciamiento interpersonal, viene a consolidar lo tecnológico, la vida virtualizada. Cuestionamos, entonces, sobre qué inercias nos arrastran y cómo las incertidumbres generadas afectan a la dignidad de vida humana. Asoman estos dos tótems, utilidad e inutilidad,

balanceándose como prioridades epistemológicas de nuestro tiempo, convocando el acto de educar a una apuesta crítica y transformadora desde lo ético y lo político.

Palabras clave

Utilitarismo, inutilidad, saberes, educación, dignidad.

Abstract

In a world of “urgent selective matters”, the criterion of utility has been imposed, that exiles and ignores all knowledge considered “useless” by not providing profitability. The aim of this reflection is to influence the differences between what is useful and what is valuable and to question the argumentation that makes techno-sciences prevail over the humanities and the arts, especially in the pandemic scenario. The change in social dynamics and interpersonal distancing, comes to consolidate the technological, virtualized life. We question, then, what inertias drag us down and how the uncertainties generated affect the dignity of human life. These two totems, usefulness, and uselessness, appear, balancing themselves as epistemological priorities of our time, calling for the act of educating a critical and transforming bet from the ethical and the political.

Key words

Utilitarianism, uselessness, knowledge, education, dignity.

*La legitimada dictadura de lo útil**“La barbarie de lo útil ha corrompido nuestras relaciones y afectos íntimos”*Nuccio Ordine¹**Introducción**

La pretendida y pretenciosa posibilidad de control sobre la naturaleza, sobre lo intempestivo o sobre lo que no puede (aún) inquirirse, ha abierto una vía hacia una sociedad preventiva. La pandemia iniciada en Wuhan, ciudad china apenas conocida hasta este acontecimiento, a finales de 2019 y que ha puesto literalmente en cuarentena al planeta, está agudizándose y alcanzará, presumiblemente, cotas más amplias de inmunización social y de transformaciones en las maneras de relacionarnos y de percibir el mundo.

Las agendas estatales han sido modificadas, así como la cotidianeidad de buena parte de la población y no porque el coronavirus sea más letal que otras enfermedades, epidemias o acciones guerrilleras que simultáneamente acontecen en el planeta. Como el 11-S de aquel sonado 2001, la Covid-19 es hito de la vulnerabilidad de los intocables ya presagiada también por las recientes crisis económicas. Y aunque ya se había esbozado todo un argumentario geológico en torno al carácter cíclico de las catastróficas transformaciones del planeta, el afán de control del hombre sobre su medio ha mostrado las fortalezas de la ciencia, pero también su falibilidad. Conviene que no se pierda de vista el vínculo entre la ciencia y la política, pese a la indiscutible objetividad de aquella.

Por otra parte, no deja de sorprender la diligencia e inmediatez con que las farmacéuticas y los Estados han dado el pistoletazo de salida a la carrera por hallar la vacuna, frente a las tibias medidas adoptadas ante otros avatares que hasta la fecha han amenazado la vida humana. Una

¹ Hombre de letras indignado que, frente a una cultura apuñalada, una educación asfixiada y un pueblo adormecido, ha preferido usar la palabra para embestir contra la ignorancia promovida desde las instituciones y advertir de sus efectos a la ciudadanía. Si dejamos que nos roben el legado de nuestros antepasados y que se mutile el conocimiento, avisa, no es que dejemos de ser personas cultivadas: es que las generaciones futuras dejarán de ser personas en sentido estricto. Como en un coro griego, Nuccio Ordine arma una defensa coral del conocimiento apoyándose en aquellos autores que le precedieron en su empeño. Dante, Petrarca, Moro, Campanella, Bruno, Bataille, Keynes, Steiner, García Márquez, Cervantes, Shakespeare, Platón, Sócrates, Séneca, Heidegger, Cioran, García Lorca, Tocqueville, Hugo, Montaigne... son reclutados y contextualizados para mostrar “la carga ilusoria de la posesión y sus efectos devastadores sobre la *dignitas hominis*, el amor y la verdad”. Para Ordine, la transmisión del amor por el conocimiento es un deporte de combate. Y eso implica desmontar algunas ideas materialistas imbuidas por el sistema capitalista.

inmediatez normativa y una aceleración de respuestas aparentemente irreflexivas, mutables, experimentales, que asoman como incertidumbres científicas e incompetencias políticas en el mejor de los casos, cuando no señalan directamente la perversa maquinaria de supervivencia de un sistema herido de muerte.

Y la respuesta al miedo –ahora globalizado– se traduce en la agudización del sentido de ‘la defensa propia’, la banalización de los acontecimientos, la sumisión al sacrificio de lo social, el repliegue al ‘yo’ o la irracional inercia continuista y domesticada.

Recordamos aquí aquella expresión de Canetti *la totalidad del género humano de repente se habría salido de la realidad* (Canetti, 1982, 88), evocándonos, irremediablemente, el paralelismo en física por el que un cuerpo sometido a una determinada velocidad de liberación, escapa a la fuerza de gravitación. Tal vez la aceleración en las construcciones humanas desde los tiempos modernos, técnicas, mediáticas, de intercambios, económicas, políticas, relacionales, de identidad, etc. haya inducido la energía de ruptura necesaria para irnos perdiendo de la esfera referencial de lo real y de la historia. Una experiencia contradictoria, paradójica, ambivalente y esquizoide de estar desorbitados permaneciendo en órbita, porque la fuerza gravitacional es aun la suficiente para mantener un reflejo de las cosas, lo que produce una condensación de lo real, un despliegue más o menos coherente de causa-efecto, una cristalización de los acontecimientos que llamamos historia, mientras los átomos de sentido se dispersan y pierden en el espacio.

Exactamente eso es lo que estamos viviendo en nuestras sociedades actuales, que se empeñan en acelerar todos los cuerpos, todos los mensajes, todos los procesos en todos los sentidos y que, con los medios de comunicación de masas, han creado para cada acontecimiento, para cada relato, para cada imagen, una simulación de trayectoria hasta el infinito. Cada hecho, político, histórico, cultural, está dotado de una energía cinética que lo desgaja de su propio espacio y lo propulsa a un hiperespacio donde pierde todo su sentido, puesto que jamás regresará de allí. No hace falta recurrir a la ciencia ficción: ya disponemos desde ahora, aquí y ahora, con nuestra informática, nuestros circuitos y nuestras redes, de este acelerador de partículas que ha quebrado definitivamente la órbita referencial de las cosas (Baudrillard, 1997, 10).

Lo que, en definitiva, nos arrastra a una especie de disolución de la memoria y simulación de la vida.

Las políticas educativas no son ajenas al emergente imperativo de inmunidad y de revisión de las prioridades que han de calar en el *humus* que define los enfoques epistemológicos inspirados en un filo-pragmatismo de corte utilitarista. No se pretende una crítica tanto al Pragmatismo —entendido como ‘acción desde el interior’— cuanto a una vertiente que legitima una idea única de utilidad o un único valor de uso. Valor de uso que viene a ser sustrato de la evidente diferencia entre educación y formación, entre conocimiento e información. La legitimidad, si bien es resultado de una suma de subjetividades que convienen con lo devenido, no escapa de la influencia de la propaganda, que con o sin voluntad de poder, sirve a intereses diversos en la dialéctica de su posibilidad.

Si indagamos en la historia reciente de la epistemología, al menos en la de Occidente, acabamos conviniendo con Lyotard en que “el saber es y será producido para ser vendido, y es y será consumido para ser valorado en una nueva producción: en los dos casos, para ser cambiado. Deja de ser en sí mismo su propio fin, pierde su «valor de uso»” (Lyotard, 2008, 16-17). De acuerdo con Immanuel Wallerstein, cuando “la ciencia se atribuyó el monopolio de la búsqueda de la verdad” (2010, 29) se produjo la ruptura de la Cultura en dos culturas y al interior de éstas comienzan las luchas internas con objeto de apropiarse y redefinir los límites epistemológicos de cada una de las disciplinas; aún no se habla, en un sentido estricto, de Ciencias Sociales, pero el desencuentro entre estas esferas separadas durante siglos ya se había instalado en la lógica epistemológica que define los parámetros de análisis del mundo, limitada por los sesgos históricos que la han definido.

Dichos cambios se constatan obviamente en un mapa geocultural en el nuevo milenio, atravesado al mismo tiempo por la cuestión paradigmática y por la epistemológica. Los dos últimos bastiones de la epistemología se concentran en los Estudios Culturales, de corte idiográfico (esto es, basan sus estudios en los sucesos cambiantes) que se vinculan, por lo tanto, con las Ciencias Sociales y en el Pensamiento Complejo, inspirado en una epistemología nomotética (tiene por objeto las leyes lógicas, es decir, las ciencias de la naturaleza, que buscan estudiar procesos causales e invariables), con una clara tendencia al análisis inspirado en las Ciencias Naturales, donde se incluirían hoy los estudios sobre Inteligencia Artificial.

Así pues, ni Estudios Culturales ni Pensamiento Complejo han logrado superar una vieja (y no tan vieja) disputa metodológica entre las “dos culturas”. El concepto “dos culturas” fue un concepto propuesto en 1965 por C.P. Snow, tal y como indica Wallerstein (2010, 25) y la disputa se había iniciado entre 1750 y 1850, periodo en el que se produjo el “divorcio” entre Ciencia y Filosofía. En cualquier caso, lo que parece claro para Wallerstein es que

la batalla entre los historiadores empiristas/positivistas/idiográficos y los historiadores sociales/analíticos ha tenido ribetes espectaculares. Sin embargo, la brecha epistemológica entre ambos grupos, aunque real, ha sido mucho menor de lo que ellos mismos creían. Las dos escuelas estaban “en busca de la ciencia”, en realidad. Para ello, basta mencionar que el grupo supuestamente más “humanista” (y en consecuencia supuestamente anticientificista) ha sido denominado con frecuencia “positivista”, un término de la jerga científica o científicista (2010, 99-100).

La ciencia acabaría monopolizando la búsqueda de la verdad y, paulatinamente, pasaría a ser financiada por poderes privados a los que no interesan las cuestiones epistemológicas no lucrativas, sino legitimarse de acuerdo con criterios de rentabilidad. Tal y como anunciara Lyotard “los juegos del lenguaje científico se convierten en juegos ricos, donde el más rico tiene más oportunidades de tener razón. Una ecuación se establece entre riqueza, eficiencia y verdad” (Lyotard, 2008, 84). Y cuando estos juegos se legitiman podemos quizá afirmar que la Ciencia pasa a ser una fuerza de producción. La carrera por la vacuna contra la Covid-19 da buena cuenta de lo expuesto.

De la misma manera, cuando la Ciencia se convierte en fuerza de producción sucede que el saber entronca con el poder y entonces deja de ser pertinente la propia búsqueda de la verdad

y pasa a ser de interés sólo la utilidad de un determinado conocimiento. Ya no es lícito entonces saber “qué saber” ni “para qué saber”, sino la respuesta a si es vendible, si es eficiente, si es rentable. Tampoco se preguntará en estos términos sobre el agente en el que revierte esta ganancia, esto es, el “a quién” beneficia. No obstante, es preciso apuntar que en todo este análisis no se ha tenido en cuenta en el hecho de que la hegemonía también puede ser evaluada y vendible. Como plantea Santos:

Las teorías y las disciplinas que teorizaron, a favor del capitalismo, la universidad de la competencia contra la cooperación, de la compra y venta contra la dádiva, del interés propio contra la generosidad no aceptaron que ellas mismas sean puestas en venta y mucho menos por agentes intrusos y no certificados. Pero el rechazo de las teorías y disciplinas bajo la forma metafórica de la compra y venta no es tan radical como se piensa. Al final, si hay compra y venta es porque las teorías y disciplinas tienen alguna utilidad. De otro modo, serían simplemente tiradas a la basura. La radicalidad reside en evaluarlas a partir de una racionalidad más amplia de la que les subyace (2011, 59).

Desde esta perspectiva, un análisis histórico-social nos llevaría a interpretar la crisis ecológica y sistémica que atravesamos como indicio de una inminente bifurcación. También la crisis epistemológica o intelectual que se vive es una imagen proyectada de una crisis estructural, y ello, como sabemos, además de poder significar una auténtica oportunidad histórica, nos obliga a, como plantean Prigogine y Stengers –según refiere Wallerstein (2010, 89-91)–, elaborar una nueva visión científica que ponga en el centro el “reencantamiento del mundo”, para conocer acaso si el porvenir, que depende de la elección que tomemos ante el camino bifurcado, deventrá en vida buena o en sociedades de control para la vida meramente inmunológica.

Y es en ese juego figurativo acerca del reencantamiento del mundo, desde donde podamos redefinir o resemantizar el significado de valor. Al respecto nos parecen profundamente evocadoras las palabras de Antonio Negri, cuando dice:

Hoy no se produce valor si no es valor inmaterial regido por cerebros libres capaces de innovación; el único valor que no se limita a reproducir riqueza sino que la incrementa y la pone en circulación es la libertad. La composición política no puede ser más que la recuperación de esa potencia, de esa libertad radical basada en la igualdad y la cooperación, en el hacer y crear siempre de nuevo el acontecimiento (2007, 112).

No existe una naturaleza de la legitimación como esencia inmutable. La legitimación se conforma dialécticamente. Y tanto lo considerado útil como inútil conforman esa dialéctica.

Como planteaba hace ya varias décadas Cornelius Castoriadis, en un texto rescatado de la antología propuesta por Nerio Tello,

las filosofías que han querido establecer un punto de partida absoluto o un origen incondicionado [...] han contenido siempre, desde este punto de vista, falacias lógicas [...], o bien jamás han conseguido salir verdaderamente de ese “origen” y de lo que, de una manera tautológica, éste implica (2003, 112).

Corresponde entonces a la epistemología la propuesta de deconstrucción de los argumentos que han hecho posible la historia y desarrollo de un proceso de autolegitimación tan infranqueable como incoherente. Y a este respecto, cabe recordar con Castoriadis que “la institucionalización de la razón de Occidente es arbitraria y relativa a la interpretación que Occidente hizo del ser” (Tello, 2003, 112).

Así pues, ¿quién dicta y determina la utilidad? El modelo mundo que habitamos, con el triunfo despiadado del neoliberalismo, indica como ‘útil’ solo aquello que reporta beneficio material, aplicabilidad directa sobre las cosas, operatividad y ganancia. Ello se ha ido traduciendo en un progresivo y evidente desprecio a las humanidades y las artes, áreas de esencia gratuita y desprendida, separadas de la aplicabilidad práctica y el rédito. En este contexto, los programas educativos y los presupuestos ministeriales se planifican en torno a una trama materialista y mercantil que predomina en la educación actual.

Abundamos, además, en la idea de que ese mapa geocultural dibujado desde las instancias que diseñan la arquitectura del saber-poder, refleja miméticamente la cartografía geoeconómica del globo, constatando y sosteniendo la crudeza de ‘geografías que marcan destinos’.

Se ha vuelto muy difícil superar la tendencia de la transformación —aparentemente indetenible— de las escuelas, liceos, academias y universidades, en empresas. En tales circunstancias, el estudiantado asume sin vacilar el papel de clientes falsamente motivados por la promesa de un futuro de posible éxito social, encaje en el sistema y prosperidad material; promesas, por otra parte, absolutamente inciertas y, cada vez, de más difícil cumplimiento.

Y como «el cliente siempre tiene la razón», la calidad de la enseñanza cede en pro de la obtención de un título en el menor tiempo posible. Esta circunstancia arrastra también al profesorado, convertidos en meros burócratas serviles del engranaje comercial de la educación-empresa. De ahí, el rediseño de las instituciones educativas destinadas casi exclusivamente a la producción de “personal rentable”.

De acuerdo con Nuccio Ordine, “utilidad” se refiere no sólo a los saberes humanísticos considerados inútiles al no producir beneficio, sino a todos los saberes cuyos fines se alejan de cualquier propósito utilitarista y expone que considera “útil todo aquello que nos ayuda a hacernos mejores”, sin necesidad de que esté subordinado al éxito económico, puesto que indica que un exclusivo interés económico “mata de forma progresiva la memoria del pasado” (2013, 12). Para ello, da a conocer cómo muchos avances técnicos se han basado en estudios anteriores que por sí solos no tenían ningún fin práctico y se plantea si la ciencia aplicada puede existir sin la especulativa; en definitiva, dedicarse al conocimiento teórico es esencial para los avances prácticos que conllevan esos “objetos útiles” que parecen primar actualmente. Todo ello apunta a la claudicación en la idea de la enseñanza como “una forma de seducción”, como el lugar de fundación de una cultura de vida, entronizando en su lugar una necroeducación, pues, aludiendo a George Steiner, una mala enseñanza “asesina” (Steiner, 2004, 26).

Se trata, pues, de poner en valor aquello que no se puede pesar ni medir y una invitación a reflexionar sobre la idea contraria, la inutilidad de aquello que creemos no sólo útil, sino indispensable para nuestra vida, como fruto de un calculado propósito de los mercados.

El absurdo sacrificio de ‘lo inútil’

Esta pretensión de exterminio se ha extendido ya a todos los ámbitos. “El utilitarismo ha invadido espacios en los que no debería haber penetrado nunca, como las instituciones educativas”, denuncia el profesor calabrés. Y advierte: “Cuando se recorta el presupuesto para las universidades, las escuelas, los teatros, las investigaciones arqueológicas, las bibliotecas... se está cercenando la excelencia de un país y eliminando cualquier posibilidad de formar a toda una generación”² (Ordine, 2013, 82).

También Eugène Ionesco, que no fue inmune a los dramas sociales —sería impensable, dada la época en la que le tocó vivir —, dijo:

Siento también el reclamo de lo social; siento que el mundo, la sociedad, los hombres están perdidos para sí mismos y viven en medio de convenciones, costumbres y fórmulas una vida mecánica que lleva al embotamiento total [...] El universo me aplasta... la materia lo abarca todo, ocupa todo el espacio, anula toda libertad bajo su peso, el horizonte se estrecha, el mundo se convierte en una prisión asfixiante (Ionesco, 1966, 230-232).

De la misma forma Tolstoi, en su ensayo *¿Qué es el arte?*, da respuesta a estas cuestiones, bajo la premisa de que el arte es una de las condiciones de la vida humana, considerado como un medio de expresión, en tanto en cuanto toda obra artística pone al hombre que la produce en relación con el que la recibe. En concreto, para el escritor ruso, lo que hace una obra de arte es lograr que un ser humano experimente un sentimiento o emoción que, aun teniendo capacidad para sentirla, quizá no lo había hecho antes, a diferencia de la palabra, que comunica pensamientos.

No se trata de mostrar a las humanidades o las artes por encima de los demás saberes. Al contrario, insistimos en el valor intrínseco de las ciencias, las asignaturas técnicas y la eficacia. No obstante, hasta las disciplinas prácticas poseen un valor sustancial, muy diferente al mercantilista. Por ende, todas las áreas de formación del ser humano pueden orientarse simultáneamente hacia el pensamiento crítico y compasivo; no son excluyentes.

La crítica no puede renunciar, cuando proceda, a una suerte de desobediencia epistemológica fundada en la interrogación necesaria y lógica y, se ha de sustentar, en un análisis de incertidumbres y sus correspondientes paradojas. Entiende Santos que estas paradojas emanan de lo que denomina “pensamiento ortopédico” y “razón indolente” y que se han constatado insuficientes o inválidos para afrontar tales incertidumbres. “Pensamiento ortopédico” que define como “el constreñimiento y el empobrecimiento causado por la reducción de los problemas a marcos de análisis conceptuales que le son extraños”. Así, con la “creciente institucionalización y profesionalización de la ciencia –concomitante con el paso, señalado por Foucault del *intelectual universal* al *intelectual específico*– la ciencia pasó a responder exclusivamente los problemas colocados por ella”. La vastedad de los problemas existenciales que les subyacían

² Este texto no es sólo un argumentario contra la deriva del utilitarismo o el “satánico comercio” (Baudelaire): es también un manual para superar lo que el autor del libro llama “el invierno de la conciencia” y para recordar, con Montaigne, que “es el gozar, no el poseer, lo que nos hace felices”.

desapareció y la “racionalidad indolente”, dado que “no reconoce, desperdicia, mucho de la experiencia social disponible o posible en el mundo”. Se trata de buscar, en suma, un tipo de racionalidad más dilatada –la “racionalidad cosmopolita” de la que habla Santos- que permita ampliar el horizonte de una sociología-disciplina clásica que contemple los olvidos (la experiencia social de lo invisibilizado o convenido inexistente) y las posibilidades de esa experiencia social desestimada; eso en suma es lo que significarán las “sociologías transgresoras”, “de las ausencias” y la “de las emergencias”, que plantea el autor (2011, 54-59).

Atravesar la utilidad pues, es abrir paso a una complejidad donde la utilidad es un concepto raquítico incapaz de resolver las múltiples paradojas que sustentan el conocimiento. La incapacidad de incorporar un valor cualitativo y una interpretación periférica de la realidad más allá de lo lucrativo impiden una visión holística de nuestro lugar en el mundo. Solo una visión compleja permite dar respuesta simultánea, asimilada con sorprendente «racionalidad», al hecho de que, por una parte, asistamos a la eclosión de experiencias «exponencialmente infinita» de movimientos sociales (ecologismo, feminismo, indigenismo, etc.) y de nuevos universos simbólicos y prácticos que han redimensionado nuestra concepción del mundo y de la dignidad humana en la praxis, mientras asimilamos nuestra propia finitud ya no sólo en tanto humanos, sino la del propio planeta que nos hospeda.

Esa rama utilitarista del pragmatismo no tiene la solución para todo, y tal y como sugiere Yuval Noah Harari, parece no haber una respuesta satisfactoria acerca de la fisonomía de la conciencia humana y de su utilidad. La ciencia, una vez anulados los conceptos éter, dios y alma, en tanto que indemostrables empíricamente, parece haber desestimado también el concepto mente frente al de cerebro, alegando que “cuanto mejor conocemos el cerebro, más superflua parece la mente” (2016, 129), y puesto en entredicho la utilidad de la experiencia subjetiva asociada a la mente, todo ello por evitar el sufrimiento. Cuestiona el profesor israelí que la ciencia no tenga más que argumentar acerca de la conciencia que sea apenas “un tipo de contaminación mental” (2016, 136). Por otra parte, ese dios muerto viene a ser sustituido por la inminente promesa del posthumano liberado de conceptos absurdos, pero pretendidamente nuevo dios. Dios antropomórfico y posthumano aquí en la tierra y con afán de eternidad. El humano prometido no solo se sirve de la técnica para la mejora de sí, sino que deviene mismamente tecné. Esta objetivación que supera la propia transhumanidad quizá tenga una utilidad sistémica, pero la ciencia sigue sin resolver el misterio de la conciencia, acaso el último pedal de freno hacia la incertidumbre. Y en efecto, no se contraviene aquí que la incertidumbre es, pero no podemos evitar cuestionar que este escenario posthumano no abandona el mesianismo ni supera un metarrelato de sacralización de lo útil y de una deificación del humano objetivado.

Cabe preguntarse pues, cómo se desvincula la manipulación de la cosa que devendremos, sin abocar en un para nada novedoso relato de servidumbre y en la necesaria indagación acerca de qué será de la dignidad humana. Hemos planteado el escenario prometido. Si miramos el presente vemos que se sigue vulnerando a buena parte de la población del planeta. La neociencia no ha abandonado los relatos verticales de experimentación olímpica en el juego a ser dioses inspirado por el mito del Prometeo encadenado, con afán de eternidad, en nombre de lo mejor y de lo útil. El fin de la conciencia, de la utilidad de la conciencia, imposibilita la lucha social y las perspectivas de la *actio in distans* y de la *actio in proximis*.

Por otra parte, y retomando a Santos, el conjunto de “alternativas culturales, políticas, sociales, económicas que pueden ser pensadas y accionadas a partir de la inagotable diversidad humana” se ha intentado resolver desde el pensamiento ortopédico, atribuyéndole “un sentido y una dirección a la historia asentado en una concepción lineal del tiempo (progreso) y en una concepción evolucionista de las sociedades (del subdesarrollo al desarrollo)” (Santos, 2011, 61), y ello desde la paradoja de la urgencia y del cambio civilizacional. En este caso, la paradoja “racionalmente” asimilada es que para lo urgente nos seguimos moviendo desde parámetros sistémicos, desde las disciplinas clásicas decimonónicas, desde los saberes planteados por la ciencia que ha desestimado otra forma de preguntar y por lo tanto ha quebrado las alternativas de posibilidad de otro modelo, y ello permite perpetuar posiciones y teorías desfasadas en la toma de decisiones; simultáneamente, el discurso universal gira en torno a la necesidad de un cambio civilizacional cuyo rumbo aún no estaríamos en disposición de marcar; ahora bien, esto se plantea *actio in distans*, es decir, es un planteamiento prospectivo, y por lo tanto, eternamente postergable.

Cabe preguntarse sobre la medida de estos dos pesos en la balanza de las prioridades epistemológicas de nuestro tiempo, porque si el problema apunta a la necesidad de un cambio civilizacional y de medidas hacia la *actio in proximis* de la urgencia, los destinos de la humanidad no se proyectan alentadores. La paradoja se produce en la polarización entre las dos temporalidades extremas de la acción colectiva de la transformación social: el marco temporal de la urgente y el marco temporal del cambio civilizacional.

El marco temporal de la acción urgente pasa por fenómenos como el cambio climático y la sensación de una inminente catástrofe ecológica, la preparación mal disfrazada de una nueva guerra nuclear, la erosión de las condiciones de sustentabilidad básica (el agua, por ejemplo) de vida de camadas cada vez más vastas de población, el impulso descontrolado para una guerra interna y la destrucción injusta de tantas vidas humanas provocadas por el agotamiento de los recursos naturales, el crecimiento exponencial de la desigualdad social, las nuevas formas de despotismo social y la emergencia o reemergencia de regímenes sociales regulados tan solo por la fuerza de diferencias de poder extremas o por jerarquías estamentales de nuevo tipo, llamadas neofeudales. A ello se añade la experiencia pandémica que desata la necesidad de otra posibilidad aquí y ahora, pero con visión simultánea de porvenir.

Lo que nos interesa, siguiendo una vez más a Santos, es plantear que “la incertidumbre de las alternativas reside no en ellas en sí, sino en el pensamiento que las desacredita [...] no necesitamos de alternativas sino de un pensamiento alternativo de alternativas” (2011, 62), pues tal y como indica, “el siglo veinte probó con una crueldad inmensa que tomar el poder no es suficiente, y que en vez de tomar el poder es necesario transformarlo”, e incluso, como añade el autor, “versiones más extremas de esta temporalidad pueden incluso apelar a la transformación del mundo sin tomar el poder” (2011, 63). Lo que parece claro es que la dimensión epistemológica no puede desprenderse de lo social ni de la curiosidad, ni del placer del conocimiento del mundo.

Habremos no sólo de reivindicar los saberes humanísticos, sino también la investigación científica en general y de la dignidad humana en particular, porque esta dignidad se alcanza a través

del conocimiento y la educación, de la aprehensión y praxis de valores que se están viendo mermados, en tiempos de crisis, por el abandono institucional.

Ante el arquetipo del utilitarismo y la doctrina mercantilista fundamentalista, hay que oponer el valor de la ilusión, los ideales y el desprendimiento. La gratuidad se contrapone al concepto del hombre de Heidegger, el cual, abrumado por la cotidianidad lleva una existencia carente de color.

Una persona sin tiempo para contemplar “cosas inútiles”, es prisionero de sus propias necesidades básicas. De ahí la función perentoria de las humanidades en la formación de ciudadanos responsables y comprometidos socialmente.

La desposesión como antídoto

Poseer mata la dignidad. Dentro del ámbito de la dignidad humana, el amor y la verdad son el territorio propicio para manifestar el desinterés verdadero. Es imposible apreciar esa dignidad de la vida bajo los parámetros convencionales de la sociedad actual. Encarna una contradicción muy grande pretender expresar gratuidad en medio de una “civilización” incapaz de romper el molde materialista desde su propia pedagogía.

Reconocer la dignidad humana es condición alcanzable únicamente mediante la educación centrada en la formación integral, sin sesgos ni recortes presupuestarios causados por (la excusa de) los tiempos de crisis. Por ello, se requiere recapacitar al respecto para encontrar una respuesta adecuada a nuestra era digital, a la virtualización de las relaciones que impulsan los vínculos de transacción sobre los de interacción. La urgencia de recuperar lo valioso por encima de lo útil.

La Postmodernidad no puede aniquilar la memoria, sigue siendo albacea de un legado del que somos indefectiblemente herederos. Constatamos que la evolución, legitimación y consolidación ideológica, así como los efectos por la penetración social del pensamiento hegemónico y del contra-hegemónico (crítico) han devenido dos fórmulas de pensamiento fuerte, abocadas ambas a destinos finalistas, igualmente totalizantes y, curiosamente, convivientes y asimilables. De ahí la reconsideración, tal vez, del llamado “pensamiento débil”, entendido no como debilidad del pensamiento, sino como el reducto o referencia del “pensamiento de los débiles”. Una formulación que no se traduce en términos de relativismo, sino como vocación de divergencia y que se pretende marginal, orillada, no hegemónica, no contra-hegemónica para refundar otra hegemonía, sino anti-hegemónica. Y de tal formulación, la sugerencia de un conocimiento con capacidad suficiente para descolocar, desterritorializar o cambiar de escenario los espacios sitiados de las fuerzas hegemónicas; un saber inscrito en una complejidad que ha de ser, a su vez, anti-hegemónica. Un saber refundador de lo ético, desprendido de la infértil batalla entre ciencia, técnica, arte y letras.

Ricardo Mazzeo, en su entrevista a Zygmunt Bauman retomaba que una de las razones, dentro de las tantas que urge la revolución cultural que predica Bauman, es esta nueva tendencia del uso de las ideas con las que Antonio Gramsci describía la posibilidad de generar hegemonía mediante el acceso a la cultura, sólo que ahora usándolo en sentido inverso (2013, 57), creando

métodos para que las personas se resistan a tener tratos con la cultura y el pensamiento crítico a través de la constante e interminable exposición de información, entretenimiento televisivo, guerras de *streaming*, urgencias catastróficas y los nuevos favoritos del mes. De esta manera este saber inscrito en complejidad debe reconocer que no está suscrito solo dentro de la cultura de la información y la acumulación que califican lo útil y lo inútil, sino también en la cultura del desapego, de la discontinuidad, del olvido; en fin, de la inmediatez indiscriminada.

“No existe mayor obstáculo para gozar de las grandes obras de arte que nuestra repugnancia a despojarnos de costumbres y prejuicios” decía E. Combrich (1995, 26) y en base a esto espoleamos una nueva estela del mismo dilema, la separación de los objetos deseables de *atención*, de los ruidos no productivos, con el deseo de aquellos que los producen de aguantarlos en nuestra memoria siquiera unos cuantos minutos antes de que otro *flash* fluorescente y otro ranking de los “100 más” se gane su minuto de oro.

Es innegable el espacio que tienen en nuestra vida los productos del streaming y el nivel de incidencia que tiene el contenido distribuido en la conformación de cultura, sobre todo dentro de la juventud. La pandemia no ha sido la única causa que ha reducido la asistencia a salas de cine, y el mundo del espectáculo masivo está, cada vez más, redirigiéndose a estas plataformas multimillonarias en la búsqueda de guiones y oportunidades para ponerse en escena. Esta cultura, por lo tanto, responde perfectamente ahora a esa inmediatez e instantaneidad de la hiperrealidad y se vincula a la deseable práctica del *multitasking* en cada actividad que se pueda realizar, difuminando los contornos de cada tarea, experiencia o proyecto en un sinfín de estímulos sensitivos.

Actualmente tenemos espacios de reproducción multimedia repletos de inversionistas que, aunque en sus inicios eran catalogados como riesgosos, ahora parecen la opción segura al haber encontrado el éxito indiscutible en la transmisión de todo tipo de productos comerciales a través de fibra óptica; ¿la clave de este éxito?, saber qué, cuánto y cuándo ven las audiencias, qué afiches les atraen más, qué tipo de historias abandonan, y cuáles les causan adicción. Esto les permite producir obras nuevas en respuestas a sus análisis, al mismo tiempo que generan *remakes* de los clásicos del cine y traen de nuevo al top de vistas esas producciones viejas generando nostalgia, alegría y el sentimiento de que cuando se quiera, se puede escapar de la realidad viendo todo aquello a lo que tienes acceso pagando una cuota bajita.

Estas grandes plataformas también producen contenido *Oscars*, lo que aumenta su incidencia cultural aún más y cada año aumentan de a millones su número de usuarios activos. Afectan el sueño de los adolescentes por su alto contenido adictivo, regulan las modas y las tendencias de la temporada, al tiempo que enseñan y cuentan historias, dan valores, recrean experiencias y hacen ¿arte? Lo positivo y lo negativo podrá ser objeto de análisis para otro momento, lo que nos concierne ahora es preguntarnos sobre la ética de estos algoritmos y comprender la noción de cómo el *streaming* afecta la cultura como espacio de desarrollo de la identidad, las humanidades, las artes y la ciencia y, sobre todo, cómo inciden en las poblaciones que buscan, escogen, invierten y valoran lo cultural.

Es arte en la punta de los dedos, en todo momento y en cualquier lugar, ¿es útil esta ciencia? Es contenido analizado, programado y monetizado, pero actualmente el más visualizado, ¿es valioso esta forma de arte? Preguntas sin respuesta única, afortunadamente.

Es importante también recalcar que advocar por los contenidos valiosos, por el arte que redescubre lo bueno y lo bello, por las re-existencias, las alternativas o la sostenibilidad, tiene que dejar de ser motivado por un sentido vocacional y reconvertirse y resignificarse en su universalidad, en el todos y todas. Las ramas del conocimiento han tenido un sentido práctico y lógico, la profundización teórica y práctica de las disciplinas, pero naturalmente convergen todas en el ser sin líneas divisorias o fronteras, sin que pueda aspirarse o planificarse un ser humano fragmentado que solo sienta, que solo calcule, que solo compre, o que solo valore; sobre todo ahora en el escenario pandémico, con la consecuente virtualización y el distanciamiento social que nos ha obligado a un aislamiento con peligro de imperativos que distorsionen el valor de lo común, lo solidario, lo compartido, dejándolos detrás del yo solo, trabajando y estudiando a distancia, accediendo a las instituciones en línea, y disfrutando del monopolio audiovisual. Teniendo en cuenta esta constatación, se demuestra terrible la soledad del ser humano rodeado de otros y otras con los que casi nada puede compartir, de los que casi nada puede esperar de forma totalmente altruista.

Habremos de no sólo reivindicar, por lo tanto, los saberes humanísticos, sino también la investigación científica en general y la dignidad humana en particular, porque esta dignidad se alcanza a través del conocimiento y la educación, valores que se ven mermados en tiempos de crisis por el abandono institucional y por urgencias que arrastran creando inercias.

En cuanto a la educación en la sociedad del conocimiento, habremos de convenir que el aprendizaje sucede en cualquier momento y lugar, sin estar compartimentado, y ese tejido entre los saberes es lo que nos aporta la comprensión global, integra, humana y razonada de la realidad. Las habilidades para conectar, relacionar, discriminar y contrastar son prioritarias, y también las de sentir, experimentar, indagar y crear opinión. El aprendizaje se debe articular a través de grandes preguntas, significativas, relevantes para los implicados/as en los procesos, vinculadas a las comunidades y ancladas a la complejidad que nos es innata y que se nos refleja del mundo natural.

Se sugiere entender que lo útil puede ser muy útil, pero que lo inútil puede ser muy valioso, la base que favorece a un estado mental contemplativo de la realidad, que muchas veces pone el contrapeso a las facilidades que la utilidad nos provee, permitiendo que la reflexión nos haga tomar decisiones conscientes dirigidas a la acción, o incluso a la inacción, cuando lo común es que se nos invite y empuje a reacciones pasionales e instintivas. La contemplación de la filosofía, el arte, la crueldad, la educación, los totalitarismos, el sufrimiento y la felicidad, desarrolladas en bases teóricas o puestas en escena, pueden hacernos las cosas desagradables menos desagradables, y regalarnos el disfrute más profundo de lo agradable; en cualquier caso, la perspectiva es el antídoto, no la información, sino el conocimiento en sí.

Se propone un cuerpo de interrogantes abiertas que no tienen una sola respuesta; problemas que no tienen una única solución, que nos obligan y responsabilizan a la implicación humana y razonada, creando nuevos significados, en un escenario pandémico de carrera por la búsqueda

de curas, de inmunidades. Porque es aquí, en los escenarios de inestabilidad donde se fortalece ese riesgo de exclusión de saberes, donde no solo hay ignorancia, sino intención de ignorar y en donde los alivios tribales y momentáneos, las recetas estrictas, las fórmulas rigurosas sobre lo que es una buena ciudadanía, una buena sociedad, debilitan la voluntad y, en consecuencia, la dignidad. Se trata de pensar el acto educativo como un genuino acto político, que sale de su lugar para cambiar las cosas, para repensar los sistemas de relación y comunicación y cuestionar los paradigmas dados. Reiteramos una vez más la necesaria interrogación retórica acerca del sinsabor de lo útil y sobre la semántica de lo valioso. ➤

Referencias/References

- Baudrillard, J. (1997) *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*. Barcelona: Anagrama.
- Bauman, Z. (2013) *Sobre la educación en un mundo líquido*. Madrid: Editorial Planeta.
- Canetti, E. (1982) *La provincia del hombre. Carnet de notas 1942-1972*. Madrid: Taurus.
- Combrich, E. (1995) *La Historia del Arte*. México: Editorial Diana.
- Harari, Y.N. (2016) *Homo Deus*. Madrid: Penguin.
- Ionesco, E. (1966) *Notes et contre-notes*. Paris: Gallimard.
- Lyotard, J.F. (2008) *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Negri, A. (2007) *Goodbye, Mr. Socialism. La crisis de la izquierda y los nuevos movimientos revolucionarios*. Barcelona: Paidós.
- Ordine, N. (2013) *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*. Traducción de Jordi Bayod. Barcelona: Acantilado.
- Santos, B. de Sousa (2011) *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Madrid: Trotta.
- Stancanelli, Pablo (2020). *El Atlas de la revolución digital*. Madrid: Clave Intelectual, S.L.
- Steiner, G. (2004) *Lecciones de los maestros*. Madrid; Siruela.
- Tello, N. (2003) *Cornelius Castoriadis y el imaginario radical*. Madrid: Campo de ideas S.L.
- Tolstói, L. N. (2012) *¿Qué es el arte? Edición facsímil*. Barcelona: Editorial MAXTOR.
- Wallerstein, I. (2010) *Las incertidumbres del saber*. Barcelona: Gedisa.

Sobre los autores/About the authors

María Lourdes González-Luis. Catedrática de Historia de la Educación en la Universidad de La Laguna, especialista en Pensamiento Pedagógico Latinoamericano. Ha participado en varios proyectos de investigación financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España, y en varios Proyectos internacionales de ámbito extracomunitario. Directora de cuatro Expertos sobre Políticas públicas y Gobierno abierto. IP del Erasmus+ TOGIVE, investigadora del Proyecto Erasmus+ “La Crisálida y la mariposa”. Cofundadora del CEILAM (Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos). Directora del Máster de Estudios Pedagógicos Avanzados. Coordinadora de las líneas de investigación histórico-teóricas del Programa de Doctorado en Educación. Coordinadora del grupo de investigación PEDACRI (Pedagogía Crítica) y de la sección Paideia Hermenéutica de la Cátedra Internacional de Hermenéutica Crítica (HERCRITIA) co-liderada por la UNED y la ULL. Son numerosas sus publicaciones, así como su participación en Congresos, Seminarios y Conferencias nacionales e internacionales.

Natalia Pais Álvarez. Doctora en Educación por la ULL; profesora de Lengua Española y Literatura en Secundaria. Investigadora del CEILAM y del equipo pedagógico Paideia Hermenéutica de HERCRITIA. Investigadora en el Proyecto Erasmus+ “La crisálida y la mariposa”. Ha indagado en los campos de la educación latinoamericana, el pensamiento transdisciplinar, las aportaciones pedagógicas de la posmodernidad y la reconstrucción de la memoria y el discurso pedagógico desde la literatura contemporánea. También ha elaborado diversos estudios sobre justicia social. Ha participado en numerosas publicaciones, artículos y capítulos de libro, congresos, seminarios y jornadas nacionales e internacionales.

María Daniela Martín Hurtado. Graduada en Pedagogía en el año 2019 y actual estudiante de Derecho. Forma parte del equipo de Investigación Pedagogía Crítica (PEDACRI) de la Universidad de La Laguna, donde además presta colaboración en docencia en el Área de Teoría e Historia de la Educación, asociado al Departamento de Historia y Filosofía de la Ciencia, la Educación y el Lenguaje de la ULL. Además, investigadora del equipo "Paideia hermenéutica" dentro de la Cátedra Internacional de Hermenéutica Crítica (HERCRITIA-ULL) y del Proyecto Erasmus+ "The chrysalis and the butterfly: Autobiographical paths of penitentiary pedagogy".

URL estable Artículo/Stable URL

<http://www.riesed.org>

RIESED es una publicación semestral de UNIVDEP - Universidad del Desarrollo Empresarial y Pedagógico (México) desarrollada en colaboración con IAPAS - Academia Internacional de Ciencias Político Administrativas y Estudios de Futuro, A.C. y GIGAPP - Grupo de Investigación en Gobierno, Administración y Políticas Públicas. RIESED es un Journal Electrónico de acceso abierto, publicado bajo licencia Creative Commons 3.0.

RIESED is a biannual publication of UNIVDEP - University of Business Development and Pedagogical Development (Mexico) in collaboration with IAPAS - International Academy of Politico-Administrative Sciences and Future Studies and GIGAPP - Research Group in Government, Public Administration and Public Policy. RIESED is an electronic free open-access Journal licensed under 3.0 Creative Commons.



www.riesed.org



riesed@riesed.org



[@RIESEDJournal](https://twitter.com/RIESEDJournal)